

Detrás de la Noticia

Por: Ricardo Rocha

Don Julio

12 de mayo de 2003

A María y Julio Scherer Ibarra

No ha habido ni habrá jamás un premio tan merecido. Es más, con toda y su enorme importancia, el reconocimiento fue rebasado con creces por su receptor. Es decir, el premio creció considerablemente y ni así cubrió la estricta justicia del propósito. El pasado miércoles 7 de mayo, **Julio Scherer** García recibió el Premio Nacional de Periodismo por su **trayectoria**.

Renuente a aceptarlo en otros años en que el gobierno lo concedía, don **Julio** expresó en esta ocasión, cuando ya hay un jurado independiente: "A mis compañeros sin alianzas con el poder, les diré que sí a todo lo que quieran. Soy una gota de su sangre".

La humildad de sus palabras no es falsa, pero es injusta, sobre todo consigo mismo. Y es que él es raza aparte. Especie distinta y única. Su sangre no es pues común ni comunitaria. En todo caso, sus donaciones altruistas y siempre voluntarias han sido sustanciales para mantener con vida y honra al periodismo mexicano. Todos quienes ejercemos este oficio quisiéramos tener una sola gota de la sangre de don **Julio**.

Sólo así podrían entenderse la pasión, la rabia, el rigor y la sabiduría que este hombre de su tiempo ha entregado total y amorosamente al ejercicio de un oficio vocacional en todos los instantes de su vida. Desde **Scherer** el reportero hasta el don **Julio** leyenda viva que es hoy, pasando por el director del Excelsior emblemático de los 60 y 70 y luego el fundador de Proceso, cuyo consejo de administración sigue presidiendo.

Julio Scherer García enfrentó al poder como muy pocos lo han hecho en la historia de este país. En las décadas recientes no sólo lo desnudó y exhibió, sino que lo penetró e indagó sin mancharse, cuando aquello no era un pantano sino un mar putrefacto de olas altas y embravecidas. Y lo hizo de modo contundente, pero sin estridencias. En ese sentido ha tenido un arma formidable que sabe emplear con insólita destreza según sea el caso. Con él la palabra puede ser flor o bálsamo cuando se refiere a las cosas que le inquietan o que de plano le rasgan el alma: el dolor, la miseria o la muerte de niños inocentes. Pero igual puede ser terrible o inclemente cuando de reseñar o denunciar se trata: la injusticia, el robo,

el crimen y el abuso de los poderosos para mentir, despojar y matar. En ese terreno del campo de batalla es implacable. Casi sin adjetivos puede sellar la suerte de los malvados para siempre. Pero nunca es injusto.

Don **Julio** es además un espadachín formidable. En el arte primigenio de la conversación no hay quien lo supere todavía. A veces le basta un comentario de segundos o si acaso tres, dos o una sola palabra lo mismo en afirmaciones certerísimas que en preguntas tendientes a despejar las grandes interrogantes que disparan sus resortes interiores: cómo... y sobre todo por qué. Pero no abusa nunca. Suele ser tolerante hasta los límites de la paciencia con aquellos de bajo rango intelectual. Es en cambio inflexible con los usuarios de la mentira, el engaño y el sofisma.

Como escritor debiera decir que es deslumbrante, salvo por el hecho de que en sus libros de reportajes y entrevistas, se ocupa mayormente de zonas de oscuridad tan características de los usos y abusos del poder. En el excepcional *Siquieros: la piel y la entraña* las pinceladas del lenguaje son ciertamente luminosas. Luego en *Los presidentes*, *Historias de familia*, *Estos años*, *Salinas y su imperio*, *Cárceles*, *Parte de guerra* --en coautoría con el gran Carlos Monsiváis-, *Pinochet*, *vivir matando* y *Máxima seguridad*, **Scherer** ha desarrollado toda su maestría como el reportero que nunca, desde que nació, ha dejado de ser. Como Miguel Ángel, que afirmaba que sólo descubría la obra de arte encerrada en el bloque de mármol, así **Scherer** se deshace de todas las palabras inútiles para ofrecernos la realidad sin maquillaje alguno. No se permiten muecas siquiera. Las cosas como son. Nada más.

Hoy sabemos que prepara *Tiempos de saber*, una obra que mostrará documentos inéditos sobre el echeverriato y toda la urdimbre de lo que terminó como el golpe brutal al "Excélsior de **Scherer**". Qué bueno, porque aunque sabido, hace falta desentrañar este hecho hasta sus últimas consecuencias para acabar de asimilar un capítulo siniestro del poder político sobre la libertad de expresión. Los dos primeros párrafos de la introducción que hoy publica *Proceso* son escalofrantes: "La calumnia desde el poder es un crimen a mansalva. Requiere de la alevosía para mantener en la sombra a su autor; requiere también del abuso, la disputa desigual. Traiciona además, porque finge cercanía o amistad por la víctima.

"Calumnia al débil moral, al margen de su cultura o su sapiencia. Calumnia el vencido sin energía para un enfrentamiento real. A todos puede rondar en algún momento la idea de herir mortalmente a su adversario, pero si la calumnia nace en el ámbito presidencial, el delito alcanza todo su hedor".

Por ahí del 75 o 76, cuando empezaba yo en esta brega, me dieron instrucciones para un reportaje en Paseos de Taxqueña, que luego supe formaba parte de toda una campaña de desprestigio en contra de Excélsior. Lo recoge Vicente Leñero en *Los periodistas*. Es por cierto muy benévolo y consecuente conmigo. De cualquier modo, la espina estuvo muy profunda hasta que años después invité a mi casa a don **Julio** con el único propósito de ofrecerle una disculpa pública ante testigos de

calidad. Lo que más recuerdo es su conmovida generosidad al ofrecerme, él mismo, argumentos justificatorios. Aprendí la primera de muchas lecciones que han permitido una cercanía que siempre me emociona y a veces, por inmerecida, me espanta: don **Julio** es un ser magnánimo. Lo fue otra vez cuando el tráfico de mi trabajo y mi torpeza lastimaron al otro yo de sus afectos, para mí también muy querido. Lo ha sido siempre, cuando los minutos de llegada tarde son reclamados con un abrazo grande y cálido; cuando se da todo en la conversación para descubrirse inflexible, atento, tierno, feroz, bueno y noble. Tan él. Tan don **Julio**.

Ahora, cuando tantos se asumen como depositarios de los diez mandamientos de la verdad, luego de haber servido tan puntualmente a los poderosos, **Julio Scherer** García llega con toda dignidad y valentía a recibir su premio y otra vez a fustigar a los hombres del poder: lo mismo a Bush por "legitimar la violación territorial", que a Castro por mantener enhiesta la bandera soberana "pero a fuerza de vendavales como el paredón abominable" o a Fox "por su desdén por la cultura y la palabra escrita".

Como se ve, el reportero **Scherer** está en plena forma y tenemos don **Julio** para rato.

Qué bueno. Por este país. -